

EL PAPEL HISTORICO DE LA FINCA "SAN JOSE" Y DEL
CAMPAMENTO DE LAZEAR EN LA CONQUISTA DE LA
FIEBRE AMARILLA

Por

Phillip S. Hench

Diario de la Mariana, diciembre 21, 1952.

El papel histórico de la finca "San José" y del campamento de Lazear en la conquista de la fiebre amarilla

Especial para el DIARIO DE LA MARINA por el Dr. Phillip S. Hench, de la Clínica Mayo, Rochester, Minn.

(Continuación)

Lazear, familiarizado con los mosquitos transmisores del paludismo, se impresionó con el trabajo de Finlay y estaba a punto de ser su segundo converso.

La Junta de la Fiebre Amarilla del Ejército americano 1900

En mayo y junio de 1900 la epidemia se extendió rápidamente en La Habana y afectó a las tropas americanas. El general Sternberg, cirujano general del Ejército de los Estados Unidos, creó en Washington (mayo 24) la Junta de la Fiebre Amarilla del Ejército americano.

Presentábase la oportunidad de poder investigar las dudosas afirmaciones referentes al "germen de la fiebre amarilla". Fueron comisionados el mayor Walter Reed y el doctor James Carroll que se encontraban en Washington y los doctores Agramonte

y Lazear que se encontraban en Cuba. El doctor Aristides Agramonte, era un médico cubano con experiencia en la investigación de la fiebre amarilla, y en esa fecha trabajaba contratado por el ejército americano.

Las primeras investigaciones de la Junta. Sus fracasos con las bacterias

Para la Junta que se reunía por primera vez el 25 de junio, en el campamento de Columbia, la teoría de Finlay no era sino una de las tantas que se proponía investigar. A pesar de que Lazear recibió de Finlay larvas de Culex, que procedió a incubar, se dió prioridad a una investigación sobre el germen de la fiebre amarilla de Sanarelli que consumió cinco inútiles semanas.

Quizás el doctor Finlay está en lo cierto

Más tarde, en junio, la epidemia se extendió a Pinar del Río. Allí Agramonte, Lazear y Reed hicieron una observación decisiva. Un soldado recluido en una celda de la prisión, enfermó y murió de fiebre amarilla, mientras sus compañeros permanecieron sanos. Todos habían respirado la misma atmósfera y habían comido lo mismo. ¿Pudo un ser alado haber penetrado en la celda picado al soldado que enfermó y haber vuelto a salir de la prisión? ¿Quizás Finlay está en lo cierto?

De regreso, en el campamento de Columbia, la Junta intensificó el estudio de los mosquitos de Finlay y estimulada por éste, sus miembros se prestaron a recibir las primeras inoculaciones; pero el 2 de agosto Reed recibió la orden de trasladarse a Washington temporalmente para terminar el informe de una comisión médica a la cual pertenecía y cuyo presidente había muerto.

Primeros experimentos en "Colombia Barracks Post-Hospital". Fracaso y éxito repentino. La muerte del mártir doctor Jesse Lazear

En agosto Lazear inoculó a nueve voluntarios americanos incluyéndose él. Empleó mosquitos infectados, mas

cuando parecía que no iba a ocurrir nada inesperadamente logró desarrollar la fiebre amarilla experimental en Carroll y el soldado Dean. Pocos días después Lazear contrajo la enfermedad y murió el 25 de septiembre. Su caso fué registrado oficialmente de fiebre amarilla casual, pero según datos mantenidos en secreto y revelados recientemente, se debió casi seguro, a una autoinoculación.

Nuevos detalles de importancia decisiva para la fórmula hombre-mosquito

Reed se apresuró en regresar a La Habana, (octubre 4) deprimido por la muerte de Lazear y exaltado por aquellos resultados evidentes, pero a la vez no menos confundido por el éxito imprevisto que sucedía a los fracasos iniciales. Estudió con profunda atención los informes, muy especialmente el cuaderno de notas de Lazear. Al fin se explicaban las dificultades que Finlay, Reed y sus colaboradores habían encontrado; por qué razón era imposible predecir los resultados.

En condiciones normales los mosquitos se "infectan" cuando pican a los atacados de fiebre amarilla durante los tres primeros días de la enfermedad, antes de que el "veneno" desaparezca de la sangre. Después el veneno tiene que "madurar" en el mosquito por espacio de doce días o más, antes que la picada sea dañina.

De nuevo la indiferencia del mundo y la burla

El informe preliminar de la Junta,

(del mes de octubre) fué acogido con la misma indiferencia o burla que los doctores Finlay y Delgado soporaron tanto tiempo. Un editorial de Washington lo calificó "de disparatado", tonto y sin sentido".

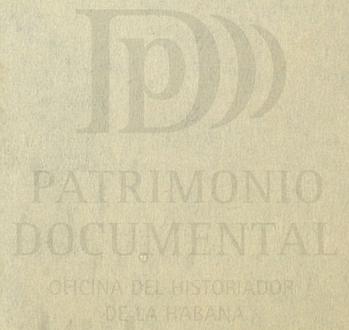
Este escepticismo se mantenía inalterable ante Reed, lo mismo que con Finlay anteriormente, porque las tres inoculaciones positivas obtenidas por la Junta no se habían efectuado bajo un riguroso control experimental.

El campamento Lazear en la finca San José

Par aprobar de modo irrefutable la veracidad de sus afirmaciones la Junta decidió establecer una estación experimental bajo rigurosa cuarentena. Deshechando otros posibles emplazamientos, Reed escogió la finca San José, arrendando una parte de la misma a sus propietarios, el doctor Ignacio de Rojas y a su mujer, doña María Teresa García de Lomas, viuda de don Martín Xavier Pedroso. Aunque muy acertada la elección que hizo Reed de este ya histórico lugar, se debió sólo a una coincidencia. Por tercera vez —1879, 1883, 1900— la finca San José fué teatro de importantes observaciones sobre la fiebre amarilla (de noviembre 20 de 1900 a marzo 10. de 1901).

Drama en el campamento Lazear caseta N.ºs. 1 y 2

La estación experimental así llamada en honor del fallecido colega y mártir, se componía de varias tiendas



2

de campaña para los soldados voluntarios y dos casetas pequeñas especialmente construidas: La caseta No. 1, que acaba de reconstruirse, y la No. 2, destruida por el ciclón del 1926, que se hallaba frente a la anterior, a ochenta yardas de distancia. Son de todos conocidos los dramáticos experimentos que tuvieron lugar en ellas. En la caseta No. 1 los valerosos voluntarios dormían cubiertos con las sábanas manseabundas y fétidas, manchadas con sangre y vómito de los atacados de fiebre amarilla. Pero aún así, ninguno de los voluntarios, (uno de los cuales fué el doctor Cook, fallecido el mes pasado) contrajo la enfermedad ya que no existían mosquitos en aquel lugar.

La caseta No. 2 estaba dividida al centro por una tupida tela metálica. De un lado John Moran se dejó picar por quince mosquitos infectados y no tardó en contraer la fiebre amarilla, mientras los voluntarios que permanecieron al otro lado (libre de mosquitos) se mantuvieron sanos. John Moran era bien conocido de los habaneros pues vivió aquí muchos años. Fué un ciudadano honorable. Murió en septiembre de 1950 fué amigo mío muy estimado, que visité con frecuencia en mis viajes a La Habana.

Otros trece voluntarios americanos y españoles contrajeron la fiebre amarilla durante diferentes experimentos. James L. Hunberry es el único superviviente.

Una vez infectados, los voluntarios eran trasladados inmediatamente a las seis casetas destinadas a la fiebre amarilla en el antiguo Columbia Post-Hospital.

Por suerte todos sobrevivieron gracias a los sabios cuidados del doctor Roger Ames.

El doctor Finlay visita el campamento Lazear (noviembre 1900-febrero 1901).

El doctor Finlay no realizó ningún experimento en el campamento Lazear en la finca San José. Pero lo visitó con frecuencia como miembro del Comité de Expertos de La Habana para confirmar los diagnósticos de fiebre amarilla experimental, y como amigo de Reed, Carroll y Agramonte. Así honró con su presencia la Quinta San José en 1883, y el campamento Lazear, en 1900-1901.

Ya era tiempo de celebrar...

Una vez resuelto el problema, la Junta del Ejército de los Estados Unidos desmanteló el campamento Lazear el día 10 de marzo de 1901, aunque éste tuvo arrendado hasta octubre del mismo año. Utilizando entonces los métodos aconsejados por Finlay y otros Górgas, en un lapso de tres meses libró a La Habana de aquella vieja peste.

Desearía que haciendo un esfuerzo mental nos trasladásemos ahora al Parque Central de La Habana, y penetrando por la puerta de un edificio próximo al Hotel Inglaterra, el que ocupa actualmente la Press Wireless of Cuba, subiésemos juntos los treinta y dos peldaños que conducen a un salón largo, estrecho de este edificio. Imaginemos que son las siete de la noche del sábado 22 de diciembre de 1900. El salón está brillantemente iluminado. Estamos en el restaurant Delmónico, y se encuentran reunidas sesenta distinguidas personalidades médicas y gubernamentales que han venido a festejar al doctor Finlay. El mayor Reed toma asien-

to junto al huésped de honor. Honradas emociones luchan en su interior; se adivina en su frente una inquietud. Hoy mismo un periódico de Washington lo ridiculiza, a él y a sus compañeros, calificándoles de "médicos aficionados" y rechazando sarcásticamente la hipótesis del mosquito como un absurdo. Lo que preocupa a Reed son los hombres que dejó esa tarde en campamento Lazear. Aver el valiente mozo irlandés Johnny Morán, de 24 años, se dejó picar por los mosquitos infectados en la caseta No. 2, y otros once jóvenes voluntarios más esperan su turno, para desafiar la muerte, con un valor físico y espiritual admirables. ¿Será menester que alguno de ellos muera como Lazear? Sí, Reed tiene motivos sus experimentos no están, bajo ningún concepto, terminados. Para obtener las pruebas capaces de convencer al científico más exigente, pueden durar todavía más de tres meses. Al mismo tiempo su corazón rebosa de humilde alegría y de gratitud; una gratitud difícil de reprimir porque los resultados de los recientes experimentos prácticamente, garantizan de un modo absoluto el triunfo final. He aquí el motivo de esta celebración, en vísperas de Navidad, Reed le expresa su agradecimiento a sus infatigables colegas los doctores Carroll y Agramonte; a Kissinger, Morán, Hanberry, "Cookie", Benigno—a quien Reed llama afectuosamente Boniato, y los demás voluntarios. ("Señores los saludo a todos; y especialmente al joven mártir Jesse Lazear, que fué un hombre espléndido y lleno de valor. Su nombre vivirá en la historia entre los benefactores de la humanidad, es mi más ferviente deseo que su nombre quede inseparablemente unido al crédito que de aquí en adelante se dé a la labor de la Comisión Americana en Cuba. "A su mentor y amigo el doctor Finlay le dice: Damos gracias sinceras al doctor Finlay que nos dispuso la más cordial entrevista y puso a nuestra disposición sus numerosas publicaciones referentes a la fiebre amarilla durante los últimos diecinueve años, y también por facilitarnos las larvas de las especies de mosquitos con las cuales ha practicado sus diversas inoculaciones. Al doctor Finlay debe reconocerse todo el crédito de la teoría de la propagación de la fiebre amarilla por medio del mosquito.

Y doy gracias al Creador... Con la misma plegaria le he rogado desde hace más de veinte años, que me concediera alguna vez poder hacer algo para aliviar el sufrimiento humano. Este ruego me fué acordado. También la plegaria que el doctor Finlay el huésped de honor, elevó al cielo durante veinte años ha sido escuchada.

Al final del banquete se le entrega a Finlay una pequeña estatua de

bronce en prueba de estimación y en recuerdo de aquella reunión inolvidable.

¡Cuánto derecho tiene a sentirse feliz y orgulloso!

Es casi media noche. Escuchemos en silencio la repuesta del doctor Finlay, breve, sentida: "Hace veinte años que guiado por indicios que me parecían ciertos, laboré en campo árido y desconocido. En él hallé una piedra en apariencia tosca. La recogí y con la ayuda de mi eficiente y fiel colaborador el doctor Claudio Delgado, la pulí y examiné cuidadosamente llegando a la conclusión de que habíamos encontrado un diamante en bru-

Abu

3

to. Pero nadie nos creyo, hasta que años más tarde llegó aquí una comisión de hombres inteligentes, expertos en el trabajo que se requería y en poco tiempo extrajeron a la piedra de su tosca cubierta y la hicieron brillar con una luz tan viva que ya nadie podrá permanecer ciego". (Carlos Finlay). Dic. 22 de 1900).

Cuando el doctor Finlay volvió a ocupar su asiento resonaron los aplausos que no han cesado desde entonces; como tampoco la amistad y colaboración cubano-americana, tan sinceramente expresada aquella noche lejana, pero inolvidable. Esta amistad cubano americana, de la que es testimonio el monumento erigido en el campamento Lazear, le deseo inquebrantable.

En fin, de los veinticinco hombres heroicos que vieron cumplidas sus esperanzas en el campamento Lazear, tres fueron cubanos, (Finlay, Delgado y Agramonte); cuatro fueron españoles, uno fué inglés, otro irlandés y dieciséis americanos. Algunos eran de humilde cuna otros alcanzaron elevada posición; algunos fueron civiles y otros militares, profesionales y voluntarios; habia entre ellos católicos, protestantes y judíos, y todos, en el paralelo 23 de este himesferio dejaron una prueba suprema del poder fraternal del hombre.

Dr. Philip S. Hench
de la Clínica Mayo, Rochester Minn.

Amu, dic 21/02



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA